

# Durán: una hipótesis inteligente

Prólogo de "Cuba, la hora de la verdad"  
de Eduardo Durán

Simón Espinosa

Alejo Carpentier comienza su novela *El siglo de las luces* describiendo La Habana de fines del XVIII. La mirada morosa y amorosa del escritor cubano-francorruso estriptisa las diversas capas que cubren la ciudad, la deconstruye desde el clima a la arquitectura de las fachadas de las casas y la reconstruye con capas de visiones sucesivas, de olores sucesivos, de sonidos sucesivos, de tactos y de gustos sucesivos. ¿Cómo olvidar esa ciudad del siglo de las luces?

Eduardo Durán-Cousin en el breve ensayo que estoy introduciendo deconstruye también, no una ciudad cubana sino la revolución cubana. El joven periodista y diplomático ecuatoriano-franco reconstruye la historia del proceso fidelista en Cuba: *la hora de la verdad*. Con visiones sucesivas, con mirada morosa y estudiosa objetiviza un mito y lo convierte en un dato de la Historia. ¿Cómo no aplaudir esta inteligente reducción?

La fascinación de La Habana de Carpentier radica en el espesor de la pintura descriptiva. La Habana, toda Cuba como isla-estado-cultura-y-odisea ha ejercido una fascinación para los ecuatorianos por el espesor de su situación en América.

Una fascinación por contrastes. Cuba, un país indoamericano sin indios frente a un Ecuador gravísimamente indoamericano. ¡Qué contraste! Cuba, un país repoblado por africanos pero eminentemente español ante un Ecuador en que lo afri-

cano viene como perspectiva más brillante ganar dólares jugando fútbol y en que lo español se ha quedado en lo colonial: iglesias, honor ocioso y orgulloso, indisciplina. ¡Qué dolor! Cuba: un país puerta de entrada para Occidente y situado a la entrada misma del paraíso y del imperio, y un Ecuador ubicado en la joroba de América con vista a un océano inmenso que le lleva a culturas extrañas e inasequibles, lejos de todo y demasiado cerca de un dios que exige sacrificios ¿Qué mundos tan antípodos?

Una fascinación por contigüidades. Cuba es el Caribe y Guayaquil es el Caribe. Cuba es Martí y Ecuador es Eloy Alfaro. Y Alfaro ayudó a Martí al modo quijotesco e inefectivo de los ecuatorianos.

Una fascinación por vicariato ociosa y verbalista. Fidel, el Che, los cubanos socialistas pudieron hacer la revolución en las barbas mismas del padre todopoderoso a quien temen y aman, combaten y adoran, pues Miami y La Habana son dos ovarios que desovan para una sola matriz. Los fideles y los ches ecuatorianos nunca pudieron hacer una revolución porque sus testículos no estuvieron conectados con un tubo que desagüe la solidaridad, sino con un tubo que empecinadamente se autodesemboca. Canibal incopulando eso fue la izquierda ecuatoriana. Cabezota imitativa, lenguaraz, nuestra izquierda exaltó la revolución cubana y nada más. Su destino histórico de chasqui, de correo, de vicario de los líderes verdaderos es trágico y cómico a la vez pero no tragicómico. Nadie más fidelista que un guerrillero ecuatoriano de escritor. Nadie más cheguevarista que un buen burgués de izquierda ante una botella de ron vintage 59 comprada en un supermercado criolloagringado.

Una fascinación por similitudes puramente extrínsecas. Los emigrados cubanos en Ecuador convertidos en mendigos sentados en un trono de oro. Mendigos por emigrados, por vivir en la calle ecuatoriana fuera de su hogar cubano, por ser como niños del trópico extraviados en la niebla de los Andes, Y sentados en el trono de oro de una educación sólida y disciplinada, uno de los logros más tangibles de una revolución que niveló a los cubanos por el mínimo común denominador de la clase media baja en términos económicos. Y los ecuatorianos siempre mendigos sentados en el trono de oro de una naturaleza generosa. Pobres por el colonialismo de los patronos criollos, pobres por mal educados gracias a, o más bien, desgracias a, un sistema de facilismo, corrupción, superficialidad y pantalla. Esos cubanos salidos de isla nos miran a los nunca salidos de nuestra mediocridad con la arrogancia disimulada del que sabe lo que sabe y sabe que no puede expresarlo abiertamente porque se halla en casa extraña que les da de comer y de vivir.

Que un ciudadano de este mundo ecuatoriano, caricaturizado en las líneas de más arriba con cólera amorosa, haya objetivado el gran mito de la revolución cu-

bana en pocas páginas es un buen logro de síntesis y de distanciamiento. Mientras el mito se mantiene en forma oral, pasando de lengua en lengua y entrando en orejas ávidas de imaginarias fantasías, sigue siendo mito, conocimiento visceral, pasión religiosa. Pero en cuanto su estructura, su historia se fijan por escrito, el mito se vuelve racional, limitado, ponderable, analizable. No sin misterio Fidel es un gran hablador y no un gran escritor.

Eduardo Durán tiene el mérito de haber procesado esta reducción de la potencia de la pasión mítica al acto sobrio de la escritura racional. Ha puesto, de este modo, la revolución cubana a una distancia fríamente objetiva que permite verla en conjunto, analizarla en sus etapas e imaginar su futuro o, más bien, sus posibles futuros.

Durán se ha preparado bien para esta tarea reductora. Desde hace ocho años viene leyendo, anotando, escribiendo sobre el nacimiento, el auge y la caída del

sistema político de los Estados de Dictadura Comunista. Esta obra de gran aliento circulará a fin de año (1996). El presente ensayo sobre Cuba es una muestra condensada y aligerada, "ad usum Delphinis", una de las secciones de esa obra.

En ella aparece el Durán periodista de reportajes y entrevistas como se puede apreciar en los recuadros y esbozos sobre la gente cubana en este ensayo. Aparece el Durán diplomático joven que nunca sobrepasa la medida del servicio exterior para decir la verdad sin herir a las partes. Aparece el estudioso que justifica sus acertos en amplias lecturas, en entrevistas y en cuadros estadísticos cuidadosamente anotados.

Con estilo claro y estructura clara y lógica clara sitúa la revolución en sus circunstancias históricas, va a la raíz política del cambio castrista, muestra el estado -bastante bueno en términos económicos- de la Cuba de Batista, explica cómo se hizo la revolución desde



una premisa de restauración de la democracia para consumarla con la imposición de un sistema socialista que pasó por tres cambios de política económica: la de la rígida economía centralizada, el modelo voluntarista y angélico del Che seguido por el caos, y el de la institucionalización de los logros revolucionarios, eso sí los tres unificados por el carisma de Fidel, caudillo, que quiso institucionalizar el carisma y gobernar como Dios mediante una omnipresente, omnipotente y omnisciente Divina Providencia con su sector de predestinados a la salvación y "su masa damnata" predestinada al infierno.

Concluye el ensayo describiendo el proceso de rectificación que empujó la economía cubana hacia atrás, hacia el rígido modelo del socialismo dirigista. La hipótesis que sostiene todo este andamiaje es que "la causa mayor del desastre radica en la subsistencia de una supraintervención del Estado, sobre todo en el desenvolvimiento económico de la sociedad, y no radica tanto en el cese de la ayuda soviética ni en la asfixia del embargo norteamericano".

Durán cierra este informativo y provocante ensayo con una descripción de las jinetas cubanas que vienen a ser un símbolo de que el círculo abierto en 1959-1960 acaba de cerrarse. Si en los años inmediatamente anteriores a la revolución, Cuba era un gran casino, una Las Vegas tropical, en estos años es un deslucido casino, un casino de casinos, un subsocializado casino. ¿Tanto sacrificio para tan poco?

No. Ciertamente no. El pueblo ha hecho la experiencia del sacrificio, de la solidaridad, de los beneficios colectivos en educación, salud y orgullo nacional. El pueblo ha crecido. Pero también ha aprendido, por ausencia y por nostalgia y por orfandad, cuánto vale la libertad. El gran mérito de Fidel es haber condensado en menos de cuarenta años una experiencia histórica que Europa aprendió en muchos siglos. Y este libro nos permite ver de un vistazo ese proceso. Durán ha condensado también en pocas páginas las capas y capas del proceso y nos da un digesto muy bien venido en una época en que el gran público necesita de síntesis inteligentes y documentadas, de paquetes de historia puestos en debida perspectiva y de una guía competente que en medio de tanta información atosigante muestre el camino y permita ver el panorama. Esto lo ha hecho Eduardo Durán Cousin y el lector; los lectores se lo agradecerán por este inteligente signo de las luces.